

POR QUÉ SOY LIBERAL

Ó POR QUÉ EL LIBERALISMO ES LA MEJOR FORMA DE
GARANTIZAR EL PROGRESO DE TODOS LOS CIUDADANOS

DIEGO SÁNCHEZ DE LA CRUZ

Una reflexión sobre la necesidad de reducir el Estado y potenciar el mercado.

*Por qué soy liberal aviva la solidez de las teorías liberales
y muestra la endeblez del pensamiento único intervencionista.*

Del prólogo de CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

*Diego Sánchez de la Cruz demuestra que el liberalismo
facilita el crecimiento, la prosperidad y el bienestar.
El perfecto antidoto para desmontar las mentiras de las soluciones mágicas.*

Del prólogo de DANIEL LACALLE

DEUSTO

Índice

Portada

Prólogo

Introducción

Primera parte. La revolución del bienestar

1. Así mejora el mundo (no apto para pesimistas)
2. La libertad económica, pilar de prosperidad
3. España, un caso de éxito liberal
4. España rica, España pobre
5. El toro vuelve a embestir

Segunda parte. La rebelión del malestar

6. Populismo
7. Declinismo
8. Igualitarismo
9. Pobrismo
10. Anticapitalismo

Tercera parte. La respuesta liberal

- I. La reforma del sector público
 11. La hora de las reformas (liberales)
 12. La losa de la deuda pública
 13. El punto óptimo de gasto y el umbral de resistencia fiscal
 14. El «freno a la deuda» y los presupuestos de base cero
 15. Austeridad pública versus austeridad privada
 16. La gran desnacionalización
 17. La burocracia, a examen
 18. Contra la ineficiencia estatal
 19. Mucha tela por (re)cortar
 20. Resolver el fiasco educativo
 21. La salud de la sanidad
 22. No habrá pensiones sin una revolución del ahorro
 23. Una reforma fiscal para el siglo XXI
 24. Acabar con la sobreregulación
 25. Los excesos del paternalismo regulatorio
 26. Midiendo el alcance de la corrupción
- II. La reforma del sector privado
 27. Hacia una segunda reforma laboral
 28. Más oportunidades para las mujeres
 29. España no es país para emprendedores
 30. La transformación empresarial
 31. El empleo que viene

Conclusión

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Prólogo

Entre los liberales, resulta habitual quejarse del escaso eco que tienen nuestras ideas. Y, a primera vista, tales quejas parecen responder a la realidad, porque en general predomina el antiliberalismo; y predomina especialmente cuando estalla una crisis económica, situación en la que, como hemos visto en años recientes, los antiliberales de todos los partidos se reúnen y convocan con renovados ímpetus.

Así, desde escaños, pantallas, púlpitos, cátedras y tribunas sin fin hemos sido reiteradamente aleccionados sobre los inacabables males que una supuestamente excesiva libertad ha descargado sobre nosotros. La conclusión parece de sentido común: ante tantos sinsabores y contratiempos, saludemos a los profetas que auguran que nuestras aflicciones serán mitigadas mediante nuevos recortes de nuestras libertades y nuestros derechos.

Sin embargo, a pesar de todo, jamás he compartido los lamentos que el antiliberalismo prevaeciente suscita entre los amigos de la libertad. Y no porque sus quejas carezcan de fundamento, sino porque a menudo están desenfocadas. Para ponderar dichas quejas desde una perspectiva más ajustada, tal vez convenga leer este libro de Diego Sánchez de la Cruz, un joven y destacado periodista liberal español.

No mucho tiempo atrás, cualquier liberal habría dado un respingo al leer estas últimas palabras. Tras un sobresalto de asombro, habría preguntado: «¿Joven periodista liberal español? Pero ¿es que hay alguno?».

En efecto, hoy podrá haber pocos jóvenes periodistas liberales, pero puedo asegurar al lector que antes, cuando yo me acerqué a estas ideas por primera vez, a finales de la

década de 1970, habían menos, muchísimos menos. Por tanto, no corresponden protestas, sino plácemes.

En nuestro país, y también en el mundo, el liberalismo va bien, gracias. Dirá usted: es fácil que vaya relativamente bien con respecto a su propio pasado, porque hace cuatro décadas los liberales sumaban algo así como un análogo número de gatos. Es verdad, pero pretender que se imponga de forma súbita y aplastante un conjunto de nociones tan contradictorias con las ideas y los valores prevalecientes sería absurdo. No podemos olvidar que en todo el mundo estamos rodeados todo el tiempo de mensajes que socavan las instituciones de la libertad que defendemos los liberales, en particular las de la propiedad privada y los contratos voluntarios.

Así pues, y sobre todo desde la perspectiva de un viejo liberal, corresponde saludar a personas como Diego Sánchez de la Cruz, que con su esfuerzo constante han ido promoviendo el liberalismo en un contexto, como casi siempre, hostil. En su caso, Diego lo ha hecho ejerciendo su profesión de periodista, es decir, contando lo que pasa (o *que acontece na rúa*, como dicen sus paisanos gallegos). Y por eso este libro tiene muchos datos, empezando por un interesante repaso histórico sobre la espectacular mejoría que ha registrado el bienestar de la humanidad en los últimos doscientos años. Es una mejoría claramente vinculada con la economía de mercado: cuanto más la han respetado los países, más han prosperado; y cuanto menos, más han declinado.

A continuación, Diego presenta el contraste entre los datos y la reacción política contra el capitalismo y el mercado, y denuncia el falseamiento de la realidad que acometen quienes insisten en que vivimos en un infierno por culpa de la libertad, esos que alegan, por ejemplo, que la pobreza y la desigualdad han aumentado en el mundo o que en España cientos de miles de familias han sido expulsadas de sus hogares. Por cierto, en España tampoco es verdad que

seamos muy desiguales, como lo prueba un estudio reciente del Instituto Juan de Mariana, entidad que, conviene recordarlo, constituye otra prueba de la lozanía del liberalismo en nuestro país.

Un dato tras otro avalan la solidez de las teorías liberales y la endeblez del pensamiento único intervencionista. Por ejemplo, se prueba que no es verdad que las empresas paguen pocos impuestos en España, y, en cambio, sí es verdad que esos impuestos que pagan recaen sobre los trabajadores en forma de salarios menores. Es verdad que se recauda más por el impuesto de sucesiones en la Comunidad de Madrid que en Andalucía, y eso que en la comunidad madrileña está bonificado al 99 por ciento. Es verdad que la Dirección General de Tráfico dedica menos del 1 por ciento de su abultado presupuesto a asistir a las víctimas. Y no es verdad que la persecución fiscal reduzca el consumo de tabaco y alcohol.

En este libro hay, finalmente, una tercera parte con propuestas liberales bastante moderadas, incluso demasiado moderadas, pero eso no importa, porque, moderadas o no, no serán aplicadas, salvo..., salvo ¿qué? Un futuro libro de Diego Sánchez de la Cruz podría abordar este interesante asunto, en dos etapas.

La primera sería analizar por qué, si la evidencia empírica y la solidez analítica parecen estar del lado de los liberales, resulta que muy pocos nos respaldan. Ahí los datos son concluyentes: ningún político de ningún partido de ningún país secunda nuestras propuestas, que tampoco apoyan los intelectuales, los artistas, los periodistas, los sindicalistas, los agricultores, los industriales, los banqueros, los burócratas, los religiosos... Casi nadie está con nosotros. Pueden apreciar algunas de nuestras ideas, como, por ejemplo, la bajada de impuestos, pero neutralizan este gesto con su oposición a otras ideas liberales, a menudo inseparables de las que aprecian, tales como la reducción del gasto público.

Sospecho que lo que le pasa al liberalismo es que ha dejado de estar en el centro de la matriz moral de la sociedad. Por eso hay tantas personas de bien que tienden a recelar éticamente del liberalismo, con lo cual los argumentos y las cifras tendrán en ellas un impacto menor que el que tendrían si no existiese esa predisposición moral antiliberal.

Si Diego consigue superar esta primera etapa sin deprimirse, podría abordar la segunda, cuya superación es la definitiva prueba de la humildad liberal y la certificación de que debemos estar más que satisfechos con el poco caso que nos hacen. La cuestión sería reconocer que, en muchos casos, probablemente en la mayoría, los avances que ha hecho el liberalismo en nuestro tiempo no se han debido al éxito de nuestra prédica, sino a un mero cálculo de costes y beneficios políticos emprendido por el propio Estado, ese extraño enemigo al que a menudo no acabamos de entender.

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

Introducción

Desde el estallido de la Gran Recesión, en el año 2008, la mayoría de los debates y las discusiones públicas que han abordado el rumbo que lleva la economía han estado marcados por un tono pesimista, cuando no hostil, hacia el sistema capitalista.

El *laissez-faire* ha terminado por convertirse en el chivo expiatorio al que acude la mayoría de los políticos y periodistas cada vez que tiene que explicar nuestros males. Lo vemos en las filas de la izquierda europea, cada vez más infectada por el virus del populismo marxista. Y lo empezamos a ver también en la derecha del Viejo Continente, en cuyo seno están creciendo pulsiones proteccionistas y anti-liberales.

Si no alzamos la voz para denunciar esta preocupante deriva, corremos el riesgo de terminar consolidando una «dictadura» ideológica en la que todo lo que se sale de la corrección política debe ser silenciado y descartado. Por eso he escrito *Por qué soy liberal*, un manifiesto sin complejos a favor de la economía de mercado.

A mis veintiocho años de edad, tengo la suerte de haber pasado por grandes empresas en las que he crecido como persona y como profesional. Ahora, mi rol como analista económico en prensa, radio y televisión me permite llegar cada semana a millones de personas. Además, gracias a mi trabajo en el ámbito de los centros de pensamiento liberal, tengo la oportunidad de ayudar a promover reformas económicas enfocadas en mejorar el futuro de España.

Soy consciente de que muchos jóvenes españoles tienen la opinión contraria y recelan de la economía de mercado... Pero también creo que sería injusto identificar a toda una generación con las ideas del populismo y del intervencionismo. Al fin y al cabo, también hay miles de jóvenes que rechazan el camino de servidumbre del estatismo y creen que el progreso llega cuando una economía funciona en libertad.

Este libro está dedicado a esos jóvenes y también a los no tan jóvenes que comparten esa ilusión por hacer de España una de las economías más dinámicas del mundo. El colapso del comunismo y el declive de la socialdemocracia nos recuerdan que la historia está de nuestro lado. Por eso hay que exponer y reivindicar las ideas liberales. Y debemos hacerlo con orgullo y con claridad.

¿Por qué soy liberal? Esa es la pregunta que pretende responder este libro, centrado en asuntos económicos y articulado en tres grandes bloques, o partes:

- En el primero, llamado «La revolución del bienestar», analizo de forma exhaustiva el progreso que han traído las ideas liberales allí donde se han aplicado con un mínimo de coherencia y consistencia.
- En el segundo, que lleva por nombre «La rebelión del malestar», abordo las grandes amenazas de nuestro tiempo: el populismo, el *declinismo*, el igualitarismo, el *pobrismo* y el anticapitalismo.
- En el tercero, titulado «La respuesta liberal», ofrezco una amplia batería de propuestas de reforma que, de manera pragmática, plantea los grandes retos que enfrentan el sector público y el sector privado.

Recomiendo la lectura de cada bloque como si se tratase de tres ensayos que tienen entidad propia por separado. En «La revolución del bienestar» encontrarás una cascada de datos que refutan muchas de las críticas habituales al

capitalismo; en «La rebelión del malestar» he incluido una breve colección de ensayos que denuncia las trampas argumentales de los enemigos de la libertad; por último, en «La respuesta liberal» presento un plan de acción que demuestra que el *laissez-faire* no son sólo palabras o planteamientos maximalistas, sino también medidas concretas que se pueden (y deben) aplicar.

Espero, querido lector, que disfrutes leyendo *Por qué soy liberal*. Quizá mis datos te sorprendan, quizá mis ideas te entusiasmen, quizá mis argumentos te incomoden..., pero, ante todo, confío en que no te dejaré indiferente.

Primera parte
La revolución del bienestar

1

Así mejora el mundo (no apto para pesimistas)

Es paradójico, pero hablar de lo mucho que ha mejorado el mundo en los dos últimos siglos genera mucho menos interés que enarbolar un discurso negativo y catastrofista sobre lo mal que están las cosas. En el campo mediático, las malas noticias *venden* más que las buenas; en el plano intelectual, los gurús del pesimismo parecerían gozar de un mayor prestigio intelectual; en el plano político, el auge del populismo es inseparable de discursos agoreros sobre la decadencia social y económica de nuestros países...

Durante buena parte de la historia, este pesimismo habría estado justificado. Por siglos y siglos, los distintos sistemas económicos demostraron ser incapaces de extender la riqueza y el bienestar más allá de pequeñas élites privilegiadas. Sin embargo, entre el siglo XIX y el siglo XXI se ha producido una transformación social sin precedentes que ha cambiado el signo de la historia y ha dado pie a la *revolución del bienestar*.

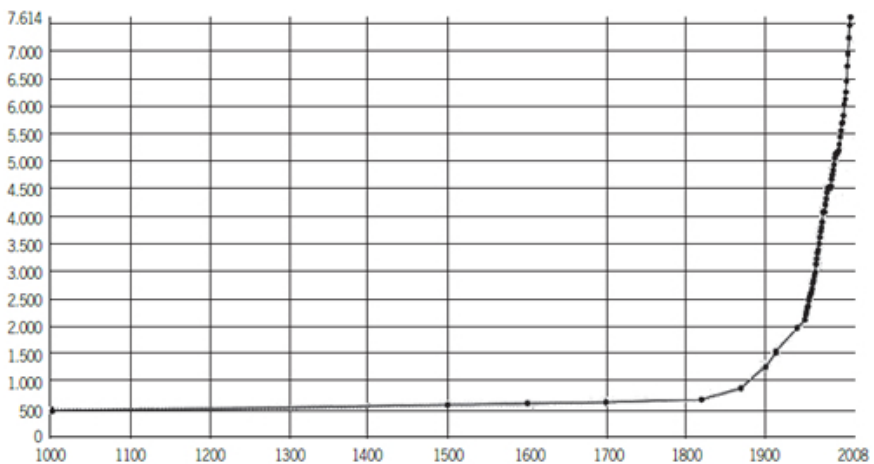
Con la evolución desde el mercantilismo hasta el capitalismo, el Estado dio un paso atrás y el mercado se consolidó como el eje rector de la vida económica. Gracias a los avances tecnológicos que propició la revolución industrial y a la multiplicación de oportunidades que generó la *apertura comercial*, el desarrollo no paró de acelerarse y el mundo empezó a reducir la pobreza de manera progresiva.

La competencia empresarial alentó la aparición de una nueva clase burguesa que logró enriquecerse a golpe de creatividad e innovación. La modernización productiva, cien-

tífica y tecnológica rompió con el viejo mundo, aquel en el que el grueso de la población vivía condenado al ostracismo.

La aceleración del crecimiento ha sido el factor determinante para la consolidación de la revolución del bienestar. Los trabajos de Angus Maddison muestran que el PIB per cápita global acumulaba siglos de estancamiento antes del *boom* de prosperidad que empezó a desarrollarse en el siglo XIX. Entre los siglos XI y XIX, el PIB per cápita mundial medio apenas había crecido de 500 a 665 dólares. Sin embargo, entre los años 1820 y 2000, se disparó de 665 a 6.000 dólares.¹

PIB real per cápita mundial, en dólares de 1990 (1000-2008)



Fuente: Angus Maddison.

Entre los años 1000 y 1820, el PIB per cápita global crecía a un ritmo de un euro por cada cinco años transcurridos. Sin embargo, entre los años 1820 y 2000, el incremento medio era de 150 euros más por cada lustro; y, a diferencia de épocas anteriores, en este último período el despegue de la creación de riqueza no fue capturado por élites privilegiadas, como sucedía antaño, sino que se extendió progresiva-